

Un libro de descubrimiento de AB

Historias de la guardería de un bebé grande

ANDREW STEPHENS
CHRISTINE TEDDY
CHARLOTTE DOLLY
MADELINE WOOD

El tendedero de Katie

Historias de la guardería de un bebé grande

por

Andrés Stephens

Christine Teddy

Charlotte Teddy

Madeline Wood

Primera publicación: 2026

Derechos de autor © AB Discovery

Reservados todos los derechos.

Ninguna parte de esta publicación podrá ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación, transmitida en ninguna forma, por ningún medio electrónico, mecánico, fotocopia, grabación o de otro modo sin el permiso previo por escrito del editor y del autor.

Cualquier parecido con cualquier persona, viva o muerta, o con hechos reales es una coincidencia.

El tendedero de Katie

Título: Historias de la guardería de un bebé grande

Autores: Andrew Stephens, Christine Teddy, Charlotte Dolly, Madeline Wood

Editor: Michael Bent, Rosalie Bent

Editorial: AB Discovery

© 2026

www.abdiscovery.com.au

ESTE LIBRO y todos los títulos de AB Discovery ahora también están disponibles en audiolibro.

Contenido

Historias de la guardería de un bebé grande.....	2
El tendedero de Katie.....	10
Capítulo uno.....	11
Capítulo dos.....	15
Capítulo tres.....	20
Capítulo cuatro.....	24
Capítulo cinco.....	29
Capítulo seis.....	36
Capítulo siete.....	41
Capítulo ocho.....	46
Capítulo nueve.....	52
Capítulo diez.....	58
Capítulo once.....	66
Capítulo doce.....	69
Capítulo trece.....	79
Capítulo catorce.....	85
Capítulo quince.....	90
Capítulo dieciséis.....	96
Capítulo diecisiete.....	100
Capítulo dieciocho.....	107
Capítulo diecinueve.....	113
Capítulo veinte.....	120
Epílogo.....	132
Princesa.....	135

El tendedero de Katie

Capítulo uno: La profecía de la futura reina	136
Capítulo dos: Un secreto real.....	141
Capítulo tres: La guardería real.....	145
Capítulo cuatro: El príncipe y la presión.....	149
Capítulo cinco: La verdad bajo el encaje	153
Capítulo seis: El bosque y el sabio	157
Capítulo siete: La elección.....	161
Capítulo ocho: Un príncipe para la princesa.....	165
Capítulo Nueve: La boda en la guardería real	168
Capítulo diez: La maternidad en encaje y encaje.....	171
Capítulo once: Los secretos se convierten en tradición.....	174
Capítulo doce: La cuna y la corona	176
Capítulo trece: La nueva profecía	178
Epílogo: Por siempre y para siempre	180
El primer niño perdido.....	182
Compartido:	185
Capítulo uno: Bienvenido a Maple Eaves	186
Capítulo dos: Una segunda alma empapada	189
Capítulo tres: Cambiados juntos.....	191
Capítulo cuatro: Baberos, bocados y planes para la hora de dormir	194
Capítulo cinco: Dos bebés, un pañal.....	197
Capítulo seis: Aplastamiento matutino y suaves despedidas	200
Capítulo siete: El mar, la sonrisa y el pañal compartido	203
Capítulo ocho: El mameluco compartido y un día para bebés.....	206

El tendedero de Katie

Capítulo nueve: Bebés para siempre	209
Capítulo diez: El siguiente paso: usado, compartido y amado.....	211
Capítulo once: Pañales compartidos, sonrisas intercambiadas	213
Capítulo doce: La cuna compartida	215
Capítulo trece: El calor de la mañana y el nido del trío ..	217
Capítulo Catorce: Bienvenidos al Nido del Trío.....	219
Capítulo quince: Tres son compañía: desafíos y momentos preciados.....	222
Capítulo dieciséis: Gemelos en la ciudad y nuevas formas de vida compartidas	225
Capítulo diecisiete: Llegada a The Haven	228
Capítulo dieciocho: Segunda noche en The Haven.....	230
Capítulo diecinueve: Compartir, sanar y esperar	232
Capítulo veinte: La guía a casa	234
Capítulo veintiuno: De regreso a casa, corazones llenos	236
Capítulo veintidós: Un futuro envuelto en amor.....	239
Cuentos de hadas para bebés grandes	241
Introducción:.....	242
La niña especial de mamá	243
La niña especial de mamá: paseo en cochecito y tiempo en el parque	245
El castillo de Cuddlewood: Un cuento de hadas de tres princesas bebés.....	250
La mañana de mamá con la bebé Joanne	253
Día de compras con mamá.....	254
La mágica salida de las tres princesitas.....	259

El tendedero de Katie

Cassie viene a jugar	261
<i>Piruetas de pétalos</i>	263
Hora del baño para Joanne y Cassie	266
<i>La manta de los deseos</i>	268
El día especial de la bebé Joanne con mamá	270
de mamá para la bebé Joanne	272
La visita especial de la bebé Joanne y Cassie	273
<i>La manta de los deseos y el castillo del unicornio</i>	275
Una tarde especial con Cassie – Parte 2	277
Una tarde especial con Cassie – Parte 3: La sorpresa de la obra	279
<i>El castillo de Evernaps</i>	281
Una tarde especial con Cassie – Parte 4: Un nuevo amigo bebé	283
<i>El suave pueblo nevado para bebés</i>	285
Una pijamada especial – Parte 5: Ellie viene a visitarnos	287
El día que los unicornios vinieron a jugar	289
Una pijamada especial – Parte 6: Desayuno para las niñas	291
El paseo de la mariposa	298
El primer día de la bebé Joanne en la nueva guardería	301
El día especial de Joanne	303
La hora del cuento: Mamá me ayuda a entender	305
La mañana de Joanne en la cuna	307
Paseo en cochecito para el bebé más pequeño	309

De vuelta a la cuna: la noche de sueño de un bebé de dos meses	311
de Joanne en la guardería de nubes	313
Despertando en los brazos de mamá	315
Joanne, la bebé rodante	317
Peekaboo en la colcha	319
Proyecto Bebé de Kara	321
Capítulo uno: Punto de ruptura	322
Capítulo dos: El ultimátum	325
Capítulo tres: Reclasificados	328
Capítulo cuatro: Prueba de humedad	331
Capítulo cinco: Reglas de la guardería	334
Capítulo seis: Vergüenza pública	337
Capítulo siete: La regresión se profundiza	341
Capítulo ocho: El niño de mamá	345
Capítulo Nueve: Estatus Permanente	348
Capítulo diez: Alegría compartida	351
Epílogo: Semillas de obediencia	355

El tendedero de Katie

por
Andrés Stephens

Capítulo uno

Ronald odiaba su nombre. Tenía 27 años y, aunque sus padres aún lo llamaban «Ronald», lo llamaban Ron con cualquiera. Pero lo que odiaba de su nombre, más que el hecho de que fuera anticuado, era que... no era el género adecuado. El nombre que usaba en casa o en su cabeza era *Joanne*. Pero no simplemente «Joanne», sino *Baby Joanne*.

La frustración de su vida era que, aunque se sentía hombre — más o menos—, también se sentía mujer y, de forma más compleja, a veces más bebé que adulto. Cada mañana, al despertar y ver su cama seca, sentía que algo andaba mal. A la edad que realmente consideraba —alrededor de los dos años—, mojar la cama tenía más sentido, o al menos mojar el pañal. Era una confusión épica, día tras día, una confusión a escala fundamental. Pero no llevaba pañal ni mojaba la cama. *Nunca* llevaba pañal ni mojaba la cama. Y esto lo enfurecía y frustraba en muchos sentidos. No sabía cómo reconciliar sus sentimientos de bebé y su identidad femenina con su apariencia y comportamiento de hombre adulto. Y ni siquiera mojaba la cama. Algo no encajaba.

El conflicto lo había atormentado desde su adolescencia, haciéndole desear contra toda esperanza que su cama estuviera mojada por la mañana. Cuando veía bragas en las tiendas, lo único que quería era agarrarlas, probárselas y ver si lo que sospechaba era cierto: que en realidad era una niña. Pero le faltaba el coraje para investigar estos asuntos porque le aterraba adónde podría llevarlo. Y ahora que se había mudado de casa y alquilaba una casa muy pequeña de dos habitaciones, sentía que si perdía el control de sus sentimientos, no habría nada, ni nadie, que lo detuviera. No había padres a quienes esconder sábanas, pañales o bragas mojadas. No había nadie a quien preguntar por qué había un vestido rosa con volantes colgado en su armario. Y así, usó toda su fuerza de voluntad

El tendadero de Katie

para fingir que era un hombre adulto sin crisis de identidad. Era su único plan.

Pero Joanne no pudo contenerse tanto como "ella" hubiera deseado.

Fue el 5^{de} octubre que Joanne, alias Ron, se despertó a las 8 de la mañana, bastante más tarde de lo habitual, en un día laborable. Normalmente se despertaba mucho antes de las 7, pero esa mañana se despertó más tarde, sintiéndose sorprendentemente feliz, renovada y...

Húmedo.

Su cama estaba mojada.

Por primera vez desde que tenía 3 años, Joanne se había hecho pis en la cama. Y no era una mancha pequeña. Era de tamaño normal y...

Cómodo.

"¡Joder!", exclamó la sorprendida "chica" al retirar la colcha y encontrarse con un pijama mojado y una cama empapada. "¿Qué demonios ha pasado?"

Ya era muy tarde y no había tiempo para reflexionar sobre este sorprendente suceso. Dejando las inesperadas sábanas mojadas sobre la cama, Joanne corrió a la ducha y, además de lavarse el cuerpo empapado en orina, también intentó quitarse la confusión. Después de diez minutos, Ron salió y se vistió rápidamente con su ropa de trabajo mientras miraba fijamente la cama mojada, tratando de entender qué había sucedido.

¿Es esto malo o qué?, pensó. ¿Qué significa?

Minutos antes de salir a trabajar, y probablemente ya llegaría tarde, rápidamente quitó las sábanas mojadas y el protector de colchón de la cama y los metió en la lavadora. Miró la mancha de humedad en el colchón y suspiró de nuevo.

Es solo una vez. No se notará.



Tres mañanas después, después de que Ron concluyera con seguridad que sí había sido un caso aislado y lo atribuyera a la única cerveza que había disfrutado después del trabajo, Joanne se despertó mojada una vez más. Era lo mismo una y otra vez. Se había despertado muy tarde, feliz y sorprendentemente cómoda, y sin embargo, la cama estaba mojada desde la mitad de la espalda hasta las rodillas.

Joanne suspiró. No estaba enojada ni frustrada por la cama mojada. A pesar de sus mejores esfuerzos por controlar sus pensamientos, los últimos tres días habían sido una constante rememoración de su primera cama mojada desde la infancia y lo que todo eso significaba. Hubo momentos en que sintió un pequeño cosquilleo de algo inesperado.

Orgullo.

No es que esté orgullosa de haberme hecho pis en la cama, pensó. Es solo que lo siento normal y algo de lo que no debería avergonzarme. Aunque no quiero hacer pis en la cama, el hecho de haberlo hecho una vez me parece significativo. Es difícil saber qué significa todo esto.

Ron intentó no pensar demasiado, pero Joanne, sin embargo, era una profunda pensadora sobre asuntos del corazón y sobre quién era ella realmente. Y ahora había otra cama mojada que considerar. Y tampoco había habido cerveza la noche anterior, así que esa excusa tan lamentable no podía volver a usarse.

Entonces, ¿por qué me estoy haciendo pis otra vez?, preguntó Ron en voz alta mientras Joanne respondía para sí: «*¡Porque eres un bebé!*».

El conflicto entre el Ron exterior y la Joanne interior no era nuevo. Desde la pubertad temprana, cuando Ron descubrió que su pene podía ser disfrutado, a menudo se había imaginado siendo una niña mientras se frotaba y acariciaba, y sin embargo, tras el orgasmo, volvía a ser feliz siendo un niño. Al menos durante una hora.

La mancha húmeda en el colchón se había secado y Ron estaba feliz de que la mancha esperada no fuera realmente visible a menos que miraras con cuidado, y nadie nunca iba a hacer eso.

El tendedero de Katie

Pasó una semana sin mojar la cama y Ron se sintió moderadamente feliz de que la confusión sobre las camas mojadas hubiera pasado. Pasó un mes sin más accidentes nocturnos y Ron sintió que su lucha finalmente había terminado, mientras que Joanne se sentía, en el mejor de los casos, ambivalente. Ron tenía miedo, un miedo desesperado, de conseguir bragas o pañales, a pesar de su deseo a veces crónico por ellos. Pero la masturbación frecuente sació ese deseo hasta cierto punto por un corto tiempo.

Pero Joanne estaba inquieta y Ron lo sabía. Ambos lo sabían.

Capítulo dos

El destino interfirió en la incómoda coexistencia de fingimiento mutuo entre Ron y Joanne. Una tarde, cuando Ron llegó a casa del trabajo, vio algo en su pequeño jardín delantero que le dio un vuelco el corazón.

Un par de bragas de niña.

Estaban arrugadas y era evidente que el viento las había arrastrado, probablemente desde un tendedero cercano o algo similar. Ron se detuvo y se quedó mirando inmóvil las bragas rosas. Joanne, sin embargo, se agachó, recogió la preciada prenda y las llevó dentro. Claramente recién lavadas, Joanne sonrió y las abrazó con fuerza antes de, de repente, sin pensarlo mucho, quitarse los pantalones y las bragas y, por primera vez en su vida, subirse las bragas por las piernas y ajustárselas.

Joanne estaba extasiada y su pene palpitaba de excitación.

—¡Llevo bragas! —dijo Joanne en voz alta, dirigiéndose a la casa vacía—. ¡Soy una chica con bragas!

Se desnudó completamente hasta quedar sólo en bragas y desfiló por la casa, con su pene completamente erecto y sobresaliendo por el frente de las bragas.

Se sentó en la cama y se agarró el pene palpitante, ahora envuelto en bragas, y en cuestión de segundos, gimió mientras una enorme cantidad de crema brotaba de ella y empapaba la parte delantera. Una y otra vez, oleadas de placer la invadían mientras aún más semen salía a chorros.

"¡Guau!", fue todo lo que Ron pudo decir mientras intentaba recuperarse de la fuerza del orgasmo. "Creo que quiero usar bragas más a menudo", admitió Ron, ya saciado, en voz alta una hora después, mientras Joanne sonreía profundamente por dentro.

Esa noche, ese mismo par de bragas, ahora lavadas a mano y secas, fueron deslizadas por las piernas de Joanne y la joven se acurrucó bajo la colcha y se quedó dormida todavía sonriendo por la

El tendedero de Katie

maravillosa sensación de las bragas y el asombroso conocimiento de que por primera vez en su vida, se iba a la cama... como una niña.



Amaneció de nuevo y Joanne estaba feliz y relajada. Al desvanecerse su sueño, se dio cuenta de que, una vez más, estaba mojada. Había vuelto a mojar la cama, pero en lugar de preocuparse, se quedó allí tumbada y sonrió.

¡Estoy mojada otra vez!, pensó. ¡Qué bien se siente!

Y ahí estaba. El reconocimiento de que mojar la cama no solo estaba bien, sino que era... agradable. Cómodo. Natural. Incluso... deseable.

¿Lo haré o no?, se preguntó Joanne una vez y luego volvió a hablar en voz alta, sin dirigirse a nadie en la habitación. "¿Debería mojar la cama un poco más?"

Nadie respondió, por supuesto, pero en su interior, Joanne sintió que alguien le decía que estaba bien y, sin ningún esfuerzo, relajó la vejiga y, sin ningún esfuerzo, sintió que el resto de su vejiga fluía hacia la cama. Sin pujar, sin mojarse deliberadamente, simplemente ya no se contenía y sonrió ampliamente al experimentar lo que sentía como una revisitación de la infancia. Era sábado y no tenía prisa por levantarse de la cama, así que, con las bragas empapadas y las sábanas empapadas, Joanne permaneció tumbada tranquilamente, disfrutando de la experiencia que había temido y atemorizado, pero que ahora la llenaba de alegría.

Una hora más tarde, sus hormonas le dijeron que era necesaria la liberación, así que se dio la vuelta y con entusiasmo movió sus bragas mojadas hasta alcanzar un orgasmo satisfactorio.

"Ahora puedo levantarme", exclamó con una amplia sonrisa.

Al levantarse, retiró la colcha e inspeccionó la magnitud del daño y, en lugar de quedarse perpleja, admitió lo que había sospechado durante mucho tiempo.

“¡Eso se ve hermoso!”

Se quitó las sábanas mojadas y el protector del colchón, riéndose de lo mucho que el protector, que no era impermeable, era una completa pérdida de tiempo para evitar que se enuresis. Y entonces se quedó mirando el colchón, ahora bastante mojado, y surgieron pensamientos contradictorios.

¿Debería comprar un protector impermeable adecuado ahora? El colchón ya está un poco manchado y no me importa, pero ¿quiero arruinarlo?

Ron habría dicho *que sí* a un impermeable de verdad, pero Joanne no estaba segura. Acababa de disfrutar de una mañana maravillosa y no quería cambiar nada por temor a que la empeorara.

Pediré consejo a alguien.



Joanne, ahora vestida de Ron y con ropa interior masculina a regañadientes, condujo hasta un centro comercial lejos de casa porque no quería arriesgarse a que la viera alguien con quien pudiera toparse más tarde. Su objetivo era comprar más bragas, como mínimo, y quizás buscar un impermeable para su colchón o al menos una opinión sobre uno.

Era una tienda de ropa de cama muy conocida y Ron se acercó a una vendedora cuando estaba sola y le hizo su pregunta.

"Eh...", empezó con una expresión y un tono que inmediatamente alertaron a la vendedora de que estaba nervioso. "Solo me preguntaba sobre los protectores de colchón de plástico y si necesito uno".

“¿Para un niño o...?” preguntó en voz baja.

Es para mi cama. No sé si debería comprarme uno.

La mujer guardó silencio un momento. Era una pregunta inusual, a pesar de que solía vender protectores de ese tipo. Pero no era la primera vez que la pregunta se formulaba con tanta curiosidad.

"¿Puedo preguntar con qué frecuencia ocurre el problema?", preguntó con cautela. Era vendedora, no médica ni enfermera especializada en incontinencia.

"Unas cuantas veces a la semana", comenzó antes de agregar, "y ya se está volviendo bastante pesado".

"Ya veo", empezó mientras lo guiaba hacia un pequeño estante de protectores. "Esto podría ser lo que buscas". Le entregó el paquete grande. "Sirve para cualquier cosa, por grande que sea. Mira". Señaló la esquina inferior derecha, donde decía: "Para la enuresis severa y la incontinencia para todas las edades".

"¿Crees que esto funcionará entonces?" preguntó, aunque sabía que así sería.

"Claro, cariño", comentó con compasión. "Vendo unos diez de estos cada semana a adultos que mojan la cama. A veces incluso nos quedamos sin existencias si hay mucha demanda". Luego se rió. "¡Incluso he vendido cinco a una sola familia: uno para cada hijo adolescente y uno para los padres!"

"¿De verdad?" exclamó con genuino asombro.

Como dije, es muy común y lo vemos con más frecuencia de lo que la mayoría cree. Intercambiamos colchones viejos y te sorprendería saber cuántos tienen grandes manchas de orina. Y no me refiero a los de niños.

Los ojos de Ron se abrieron de par en par por la sorpresa.

"Yo diría que aproximadamente uno de cada tres tiene manchas de orina y uno de cada diez tiene manchas de orina enormes y... No quiero ser grosero, pero ¿tu colchón es así?"

Un poco. No llevo mucho tiempo mojándome, pero...

—Ah, ya veo. ¿Es algo nuevo para ti?

"Más o menos y no realmente y..."

"Lo entiendo, de verdad que lo entiendo", respondió ella.

—¿En serio? —Ron dejó caer los hombros y suspiró profundamente—. ¡No entiendo nada de cómo me siento!

—Pobrecita —dijo—. Ya he tenido esta conversación dos veces y es por la confusión del colchón mojado, ¿no?

Ron asintió.

El tendedero de Katie

—No tienes que ponerte ese protector de colchón todavía —dijo en voz baja, pero con seguridad. Ron se sonrojó—. Ni nunca, si no quieres.

“¿No?”, balbuceó.

"Claro que no, cariño", respondió. "Es tu colchón y tienes derecho a hacer lo que quieras. Si estás cómoda, a nadie más le importa cómo te comportas con la orina".

Ron quedó atónito por el giro inesperado de la conversación.

—Se ve bonito —susurró Ron casi imperceptiblemente.

—Entonces, ¿qué tal si consigues el protector y lo usas solo cuando sientas que estás listo para ello? ¿De acuerdo?

Ron asintió. "Creo que lo compraré y luego lo pensaré".

¡Genial! Y cuando quieras un colchón nuevo, podemos recoger el viejo sin que nadie se inmute.

Ron salió de la tienda con su compra en la mano. Joanne sonreía por dentro.

Bueno, supongo que al menos ahora tengo una opción. ¡Pero puede que no la use todavía! No creo estar lista. ¡No tengo ni idea de por qué estoy pensando en esto!

Capítulo tres

Desde entonces, Joanne se acostaba en bragas todas las noches y cada mañana se despertaba fresca y... muy mojada. Mojar la cama ya no era ocasional. Ahora era todas las noches. Ron ya ni siquiera negaba la existencia de su identidad femenina interior y su nombre, Joanne. Al parecer, las bragas le provocaban la enuresis y, sin embargo... el protector de plástico seguía sin abrir a pesar de que habían pasado dos semanas. El colchón estaba mojado y manchado, y con el calor, se secaría fácilmente durante el día, listo para la noche siguiente.

¡Depende de mí decidir cuándo proteger el colchón!, repetía casi todas las mañanas, a veces en voz alta para explicar por qué no lo protegía... todavía. Pero Joanne lo sabía perfectamente. ¡Era bonito! Ron, sin embargo, tenía un profundo conflicto. Que el colchón estuviera mojado y manchado era menos un problema que simplemente... confusión.

Y entonces llegó el día en que las cosas cambiaron.

Era una tarde encantadora y, como era su costumbre, Ron salió a dar un paseo por su barrio. Le gustaba contemplar los jardines y ver qué hacía la gente en ellos o qué trabajos hacían en sus casas. Pero esa tarde en particular tomó un camino diferente y, a solo unas pocas casas calle abajo, vio un seto espeso frente a una propiedad y, como solía ocurrir en los setos viejos, había un gran hueco por el que se podía mirar. Y así lo hizo.

¡Mierda!, fue su primer pensamiento. *¿Son...?*

Sus ojos se abrieron de par en par al ver un tendedero de madera antiguo, colgado entre dos postes, y en él había... pañales de tela grandes y calzoncillos de plástico grandes, claramente para un niño que se orinaba en la cama y claramente... para un adulto. Algo dentro de Ron se encendió y Joanne, emocionada, comenzó a preguntarse cómo sería...

¿Podría usar esos pañales y pantalones de plástico?